

II. Ruptura generacional y continuidad histórica

En este capítulo se profundizará en los efectos que tiene la doble condición del contexto (coca y despojo) para los procesos de organización social y política. Pero esta vez desde la manifestación que dicho contexto tiene sobre los jóvenes en particular. Para ello, se presenta un análisis de las representaciones hechas por los actores armados y la población en general sobre los jóvenes como ‘consumistas’ y ‘delincuentes’. Hecho que refleja la manera en que se están configurando las relaciones en el territorio y que pueden estar derivando en lo que hemos denominado como ruptura generacional. Sin embargo, también es necesario hacer énfasis en la continuidad histórica de las condiciones que mantienen un conflicto social y armado en la región. En especial, porque de ella se deriva la construcción de otras estrategias de acción política que tiene en los jóvenes, ahora como generación, su principal apuesta. Y que de lograrse, podrían llevar a recuperar vínculos generacionales y a construir formas de vida alternativas al desarrollo como estrategia de resistencia por parte de los habitantes de la región.

Coca y jóvenes ¿Delincuentes y consumistas?

La manera en la que los jóvenes están siendo representados por los actores armados y por la población en general, a partir de la situación creada alrededor de los cultivos de uso ilícito, configura uno de los principales problemas que afecta directamente la participación en el proceso organizativo regional. En especial cuando los mismos dirigentes campesinos resaltan la dificultad que se les presenta para comprender cómo las organizaciones políticas podrían construir a futuro lo que en su narrativa llaman el ‘nuevo país’ con una ‘juventud descompuesta’ (Minga, 2009, p. 35). Y además, cuando refuerzan dicha afirmación con la relación que establecen entre el nuevo modelo económico y la “desnaturalización de las culturas tradicionales del Catatumbo, reduciendo sus capacidades agrícolas e introduciendo una ‘mentalidad consumista’ (Minga, 2009, p. 37). Última condición que asocian de manera directa con los jóvenes de la región, a quienes identifican con los cultivos de uso

ilícito y con las posibilidades que ofrecen las ganancias que deja la coca para comprar diversos artículos.

Aparecen entonces las dos características generales atribuidas a la condición de ser joven en la región. Los jóvenes son consumistas y por lo tanto están 'descompuestos'. Pero en las dos apreciaciones también es importante señalar la manera en la que se reconoce que ha sido el nuevo modelo productivo el que ha generado las circunstancias que delimitan este régimen de representación. Sin embargo, no se alcanza a percibir cómo esta misma representación permite la reproducción de la relación entre el modelo productivo y el ejercicio de la violencia. Pues en medio de la situación de conflicto social y armado en la que se encuentran, se puede afirmar que uno de los factores (aparentemente inofensivos al asumirse como cultural) que permite el control violento sobre la vida misma de los jóvenes, es la representación de ellos como consumistas y delincuentes.

Dicha situación sobre-determina las posibilidades de acción de los jóvenes y hace de su identidad y representación, una condición que más allá de recrear escenarios culturales o generacionales impone dinámicas violentas sobre su vida. Por ejemplo, la aceptación que tuvo por parte de algunos pobladores de la región el asesinato sistemático de jóvenes en manos de paramilitares. O la percepción que tienen de aquellos que 'andan perdiendo el tiempo' mientras participan de manera activa en los talleres, carnavales o peregrinaciones que realizan las organizaciones sociales presentes en el Catatumbo.

Un ejemplo se encuentra en testimonios como el que fue dado por una mujer habitante del corregimiento de la Gabarra:

Eso sí más lejos uno se enteraba que había muchachos por ahí 'gaminiando' o robando y amanecían muertos. Luego si se supo que comenzaban a matar personas con lista. Amanecían muertos y con un letrero en el pecho: 'a este lo mataron por violador', 'a este lo mataron porque se robó una vaca', 'a este lo mataron porque lo

encontraron robando gallinas'. No se sabe si era verdad pero fue una especie de limpieza social (Minga, 2009, p. 149).

Situaciones como las que describe esta mujer se siguen presentando en algunos municipios de la región y para algunos alcanza a justificarse como la única forma en la que se acaba con el problema de la seguridad en los corregimientos o municipios de la zona. Situación que se le atribuye a jóvenes que, en medio de una etapa de desorden y mientras llegan a la madurez, representan actos propios de sujetos 'descompuestos' por la misma dinámica regional. No obstante, es importante reconocer el contraste que se identifica en el testimonio cuando se conoce de la existencia de una lista en la que no se sabe con certeza quiénes se encuentran en ella. Este tipo de acontecimiento es el que genera una situación particular en la que el miedo rige los lazos sociales en la región y por lo tanto la misma participación de la población en procesos de organización civil.

Por un lado, debemos tener en cuenta la denominación hecha sobre los jóvenes como 'consumistas' y por otro lado, como 'delincuentes'. Pues son ellos quienes trabajan principalmente raspando la hoja de coca y en ocasiones como transportadores de la misma hacia otros lugares del país. Ésta forma de trabajo les ha permitido tener un nivel de ingresos económicos mucho mayor que la de sus padres o abuelos. Y al mismo tiempo, los pone en riesgo dentro del marco legal. Sin embargo, esto no quiere decir que exista una relación directa entre nivel de ingresos y una mentalidad consumista y tampoco que la única posibilidad que tienen de trabajo deba ser cuestionada por un marco legal que no es respetado completamente por las autoridades. Para realizar este tipo de asociaciones se deben tener en cuenta las prácticas culturales y la forma en la que el mercado y la relación con otras zonas del país y fuera de él, han contribuido con la ruptura que percibe la generación de los 'mayores' organizados entre las prácticas y la forma de vida que ellos llevaban en su juventud y la que sus hijos y nietos llevan en este momento.

Según los testimonios dados por algunos líderes sociales, los jóvenes hoy se dedican a comprar motos, celulares de última tecnología, a tomar cerveza o ‘bolegancho’²², a jugar billar y a raspar hoja de coca (Minga, 2009). Situación que es aún más alarmante para los ‘mayores’ cuando los jóvenes deciden casarse, comprar casas y tener hijos. Además, de su ausencia en la producción agrícola para el sostenimiento de la región y en las diversas formas de organización campesina que han caracterizado a la región del Catatumbo desde la década de los treinta.

Dentro de los estudios que se han hecho alrededor de los cambios generados en zonas de cultivos de uso ilícito y particularmente los efectos que esto ha tenido sobre los jóvenes, es importante resaltar un primer acercamiento a las transformaciones socioculturales de las condiciones de vida de los jóvenes en los departamentos de Huila y Caquetá (Ferro, 1999). En estos lugares, los cultivos de coca y amapola han reconfigurado los espacios de socialización de los jóvenes y al mismo tiempo los escenarios posibles de acción política. Especialmente cuando las posibilidades de trabajo y los niveles de ingreso monetario al que tienen acceso los jóvenes traen como consecuencia la ampliación y diversificación de los espacios de encuentro con otros jóvenes (escuela, bares, billares, burdeles, discotecas, fincas cocaleras o plante, espacios de comercio y mercantilización de la coca, etc.). Además, el acceso temprano y continuado a espacios de diversión y ocio, mayores posibilidades de elección de pareja a temprana edad y la independencia prematura de la familia de origen que generan cambios en las dinámicas diarias de vida (Ferro, 1999).

Sin embargo, son acercamientos que se hacen sin cuestionar la manera en la que están siendo entendidos los jóvenes en este tipo de regiones. O mejor, describiendo los cambios socioculturales que ocurren bajo escenarios de conflicto armado y de cultivos de uso ilícito sin interpretar cómo esta situación también está generando un cambio en la condición misma de ser joven. Y si no tenemos en cuenta esta condición, seguramente caeremos en la reproducción de representaciones sobre ellos que traen efectos violentos sobre sus vidas y

²² Bebida artesanal hecha en la región a base de caña de azúcar.

al mismo tiempo, dejan de lado las formas organizativas que se tejen a diario en cada uno de estos espacios.

Siguiendo con la idea de la emergencia de una situación que sobre-determina la libertad de los jóvenes en el Catatumbo, podemos afirmar que hay tres factores principales que llevan a la construcción de la representación de los jóvenes como ‘consumistas’ y ‘delincuentes’: su relación con los cultivos de coca, la incidencia del mercado y la posibilidad de una ruptura generacional. Adicionalmente, otra serie de factores que van más allá de la consolidación de los cultivos de coca en la región. Por ejemplo, la ausencia de oportunidades laborales y de estudio, especialmente, en niveles de educación secundaria y superior. Situación que se encuentra directamente relacionada con las dinámicas gubernamentales que rigen sobre las poblaciones que habitan en zonas de conflicto armado y especialmente donde se llevan procesos de resistencia civil ante la extracción de recursos naturales por empresas extranjeras²³.

Es decir, la llegada de bares, prostíbulos, y billares junto con un modelo productivo como el construido por el narcotráfico en lugar de escuelas, universidades, centros de recreación y fomento de los cultivos de café, cacao y yuca, responden a la necesidad que tienen proyectos económicos extranjeros para la extracción de petróleo, carbón y los cultivos de palma y hoja de coca. Proyecto que se lleva a cabo a través de la imposición de una situación que controla por un lado a la población en general, pero por otro, distrae la atención sobre las razones principales del conflicto armado en la zona y al mismo tiempo legítima, a través de discursos, el uso de la violencia sobre los mismos habitantes.

En conclusión, es la situación que le ha sido impuesta a la población del Catatumbo y a los jóvenes en particular, la que trae como consecuencia la representación de estos como ‘consumistas’, ‘delincuentes’ y ‘apolíticos’. Podría afirmarse que los regímenes de representación creados en el Catatumbo han sido construidos a partir de los objetos que son

²³ A nivel nacional puede identificarse la manera en la que se destinan menos recursos y se aprueban menos proyectos para educación, salud, trabajo o iniciativas productivas en zonas de extracción de materias primas.

utilizados por los jóvenes (coca, alcohol, celulares, televisores, motos, etc.), y no por las condiciones que han sido impuestas para que esto sea visto como propio de una generación en particular. Éste hecho crea las condiciones necesarias para el ejercicio de la violencia por parte de actores armados legales e ilegales sobre esta población, pero lo más problemático es que también está provocando que se generen distancias generacionales y desconfianzas entre los mismos habitantes.

A partir de la consolidación de los cultivos de coca como modelo productivo, los jóvenes de la región del Catatumbo efectivamente están siendo representados por los demás habitantes de manera distinta a como se veían los jóvenes antes de los años noventa y al mismo tiempo, ellos se están relacionando con el territorio de otra manera. Es decir, el Catatumbo se encuentra en medio de un proceso que refleja en sí mismo las características propias de una posible ruptura generacional (Mead, 1971) y permite reconocer que en este caso, los jóvenes no son entendidos como un grupo social en transición hacia la adultez. O en otras palabras, que aún cuando estos jóvenes lleguen a una etapa adulta no necesariamente dejarán de ser representados como ‘consumistas’, ‘delincuentes’ o ‘apolíticos’, pues configuran en sí mismos una generación que se distingue de otra anterior.

Una ruptura generacional referencia a la incorporación de códigos culturales durante procesos históricos que remiten y dan cuenta de un momento en el que un grupo social orienta sus percepciones, gustos, valores y modos de apreciar de manera distinta a los grupos que los anteceden. Además, constituye un proceso que desemboca en la construcción de mundos simbólicos heterogéneos con distintas estructuraciones de sentido (Margulis, 1998, p. 7). Es decir que los jóvenes en este momento están en medio de un proceso de construcción de gustos y percepciones que se diferencian de los que vivieron generaciones anteriores y que se materializa en sus formas de actuar y de pensar el territorio. Por lo tanto, la generación en este caso es una categoría que no remite directamente a un grupo social determinado, sino a las condiciones que hacen probable la emergencia de una agrupación específica a partir de variables económicas, políticas o

culturales. Y que para este caso en particular, responde a las consecuencias que tiene la consolidación de los cultivos de coca.

Por lo tanto, cada vez se haga referencia a los jóvenes se está aludiendo al grupo generacional y no a la existencia de la *juventud* como etapa de vida, pues ésta nos dirige hacia otro campo de análisis que no es el más apropiado. La noción de juventud apunta a una capa social que cuenta con ciertos privilegios mientras se mantenga en un periodo de permisividad que media entre la madurez biológica y la madurez social (Margulis, 1998). Y para este caso, no se asumen este tipo de acercamientos teóricos por varias razones: en primer lugar, porque han sido hechos básicamente para caracterizar a sectores sociales propios de dinámicas urbanas. En segundo lugar, porque se limita a condiciones específicas de una clase acomodada y finalmente porque se refiere a una clase de ‘otros’ o diferentes que llegan a ser representados a partir de prácticas culturales que se consolidan discursivamente como inherentes o naturales de personas que transitan una etapa de desorden social.

En el caso concreto de los jóvenes en el Catatumbo difícilmente se puede hablar de una ‘moratoria social’ en la que se postergan exigencias sociales vinculadas al trabajo y a la generación de ingresos, a la formación de un hogar o a la participación activa dentro de espacios reservados para ‘adultos’ e incluso a una experiencia subjetiva de lejanía frente a la muerte. Precisamente porque éste tipo de caracterizaciones no se cumplen en zonas rurales como ésta, nos referiremos a las rupturas que se han presentado entre las generaciones existentes actualmente en la región y, particularmente, sobre aquellas que afectan de manera directa los procesos de organización social.

En consecuencia, se encontraron diferencias importantes con relación a lo vivido antes de la expansión de los cultivos de coca en escenarios como la familia, la escuela, el trabajo, la vereda y los espacios de recreación. Y dichas diferencias se reflejan, por ejemplo, en una pérdida de autoridad de los padres y de enfrentamientos generacionales, en una capacidad de ingreso de los jóvenes hombres para el sostenimiento de un hogar y en el deseo generado

en las mujeres jóvenes de disfrutar del dinero de sus parejas y restringir así sus posibilidades de vida al matrimonio, entre otras.

Varias de estas afirmaciones se encontraron también en los comentarios que estos jóvenes hicieron en los talleres, en la manera en la que respondieron a varias preguntas relacionadas y en su comportamiento en general. Por ejemplo, varios de ellos consideran que en este momento son los niños y los jóvenes los que mandan en la casa y que según les cuentan, antes, cuando sus madres y abuelas eran jóvenes, si llegaban a responder mal o no hacían caso les pegaban o les llamaban la atención. Para ellos esto ha cambiado y hace que se reconozcan en una posición superior frente a sus 'mayores'. Además, varias jóvenes contaron que muchas mujeres (entre los 13 y 20 años) están embarazadas o ya tienen más de dos hijos, condición que dificulta su presencia en este tipo de espacios. Y en particular, porque sus parejas no las dejan salir de la casa durante tanto tiempo, pues se encuentran trabajando todo el día en las fincas cocaleras.

Otro ejemplo, particularmente importante, se encuentra en el caso de un joven que es dueño de varias hectáreas de tierra que en este momento se encuentran cultivadas con hoja de coca en su totalidad. Para él, sus vínculos con la tierra se crearon a través de las ganancias que esta mata le ha dejado desde que empezó a trabajar con ella a los 14 años (hoy ya tiene 25 años). Y en particular, porque gracias a ella ha podido viajar, comprarse la ropa que nunca había podido tener e incluso ahorrar para comprar más hectáreas. Cuando se le preguntó por la posibilidad de acabar con la mata para sembrar otra cosa, inmediatamente respondió que si eso llegara a suceder, preferiría irse de la región para buscar otras tierras. En especial, porque considera que no sabe trabajar en nada más y porque en la región las condiciones no están dadas para que los productos de pan coger u otro tipo de economías dejen ganancias que le ofrezcan ese mismo nivel de vida.

Casos como este, son el reflejo de la situación que se presenta en la región, pues en la mayoría de los casos, los jóvenes no consideran que los cultivos de coca sean un

problema²⁴. Y en general, los habitantes que trabajan con ella han alcanzado unos niveles de ingreso económico mucho más altos que los de aquellas familias que se mantienen con cultivos de pan coger o con otras fuentes de ingreso. Sin embargo, se enfatiza en que ésta dinámica no responde únicamente a una intención de parte de los habitantes de la región. Para ello es necesario tener en cuenta que los actores armados legales e ilegales tienen muchos intereses de por medio con este negocio y, al mismo tiempo, les permite mantener un contexto que legitima su presencia en la zona. De allí que, los cultivos de uso ilícito se mantengan como una de las principales fuentes generadoras de ingreso y no sean vistas como un problema a resolver²⁵.

Por lo tanto, es evidente que existen algunas tensiones entre lo que se desea a partir de la llegada de los cultivos de coca a la zona y lo que se espera de los jóvenes como generación dentro de los espacios de participación política. Es decir, si se acepta que muchos de los jóvenes y habitantes del territorio no reconocen los cultivos de coca como un problema a solucionar, y al mismo tiempo se asocia de manera directa al joven con los cultivos, es realmente problemático que se les espere como actores políticos que reproduzcan escenarios de acción política asociados a otros momentos en los que ésta situación no existía.

Adicionalmente, la condición de ser joven hoy en el Catatumbo tampoco se reproduce de manera aislada a las dinámicas de la publicidad, el comercio y los medios de comunicación. Es decir, dicha tensión no puede ser entendida sin el papel que éstos juegan en la construcción de una cultura mediada por el interés económico y las formas de vida

²⁴ En varias de las entrevistas hechas, los jóvenes resaltaban las posibilidades que la coca les ofrece en términos adquisitivos. Y aún conscientes de los riesgos que esto trae, reafirmaban que “si la coca se va, nosotros también”. Y argumentaban que esto pasaba porque no sabían trabajar en otra cosa.

²⁵ Ahora bien, ésta situación no puede llegar a ser generalizada con todos los habitantes de la región del Catatumbo. Existen zonas en las que los cultivos de coca nunca llegaron o ya han sido erradicados. También, existen fincas en las que sus habitantes se negaron a sembrarla y en este sentido, las dinámicas y afirmaciones hechas no tienen resonancia allí. Por esta razón es importante aclarar que la intención de estos acercamientos radica en la necesidad que identificamos a partir de los diagnósticos que las mismas organizaciones han desarrollado alrededor de los efectos que tienen los cultivos de coca en las relaciones y dinámicas propias de la movilización social.

asociadas al consumo. Por ello es que la lectura de los jóvenes como momento y no como un actor particular dentro de una región u organización social adquiere sentido.

Situaciones como la descrita por las jóvenes y el dueño de la finca se presentan en varias veredas de la región y en general, configuran una de las perspectivas que los jóvenes tienen hacia sus modelos de vida en el territorio. Por esta razón es que se afirma que en la región se puede estar generando el riesgo de una ruptura generacional. Sin embargo, sus testimonios también son valiosos en la medida en que permiten evidenciar que las condiciones de vida precarias y la necesidad de contar con los derechos fundamentales, se convierten en otra razón para que los jóvenes decidan seguir trabajando con la coca y no en otras dinámicas económicas. Hecho que refleja el problema estructural que condiciona la vida en la región, pues no existen garantías por parte del estado para que estos jóvenes permanezcan en el territorio, al contrario, pareciera que se pretende sacarlos de él y poder generar espacios amplios de extracción de recursos naturales y siembra de monocultivos que no necesitan altos niveles de mano de obra.

Por eso, aunque se encuentran características propias de una ruptura generacional también se presentan algunas continuidades en la historia. Es decir, no se puede afirmar que el mundo que están construyendo los jóvenes se encuentre alejado de lo que viven sus madres o abuelas. O que muchas de sus emociones y miedos respondan a condiciones absolutamente distintas. Al contrario, lo que se está diciendo es que aunque algo cambia y modifica el sentido que los jóvenes le dan a su vida en la región, también hay condiciones que se mantienen y, ambas circunstancias configuran la posibilidad construir formas de vida alternativa que garanticen la permanencia en el territorio.

Coca, despojo y jóvenes ¡Continuidad histórica para la organización social!

Actualmente en la región del Catatumbo se están explorando áreas para la extracción de petróleo y carbón. Así mismo, se encuentra en medio de las negociaciones para dejar pasar un tubo del Oleoducto Bicentenario de Colombia y en general, cuenta con la presencia de empresas como Geofising E.U, Carbo Fuels and Minerals Ltda., Carbonitas S.A, Minería la

Esmeralda, Solana Petroleum Explorating Colombia Limited., Kappa Managment International, Petrobras, Canadian Well Logging Society, entre otras. Todas ellas, con intereses particulares para la extracción de recursos naturales. Igualmente, se sabe que en varias de las zonas por donde pasaron los paramilitares, hoy se encuentran monocultivos de palma para la producción de biocombustibles. En este sentido, las condiciones que existen actualmente en la región están dispuestas para favorecer los intereses de dichas compañías y negar las garantías de vida y permanencia en el territorio de sus habitantes. Por esta razón, es que se considera a la región como otra de las zonas del país en las que se promueve el despojo de la tierra y el desplazamiento forzado de los campesinos e indígenas que viven allí.

La situación descrita responde necesariamente a las dinámicas internacionales que requieren de este tipo de materias primas para generar ganancia. Y al mismo tiempo, se configuran con la consolidación de discursos asociados con el desarrollo y el progreso de países que así lo requieren para alcanzar altos niveles de competitividad (Escobar, 2005; Vega, 2009; Williams, 1984). Sin embargo, son modelos que no tienen en cuenta las formas de vida de quienes habitan en estos territorios y generan las condiciones precisas para hacer que se desplacen de allí. Por eso mismo es que la ausencia del estado a través de programas o de recursos para sus habitantes es evidente (Serrano, 2009). Al contrario, la mayoría de las inversiones que el estado hace, llegan a esta región a través del aumento de las fuerzas armadas que, en general, tienen un trato hostil con los habitantes de la región. Particularmente, porque los asocian de manera directa con los grupos insurgentes o con el narcotráfico.

En la región del Catatumbo es frecuente escuchar del maltrato por parte de la fuerza pública hacia los jóvenes. Y según se observó y se vivió en algunas ocasiones, los jóvenes temen pasar por los retenes militares en las carreteras (que deben cruzar de manera reiterada) porque si tienen su cédula inscrita en algún municipio cocalero de la región, los soldados empiezan a insultarlos y a golpearlos mientras los requisan. Así mismo, se han presentado

ocasiones en que las fuerzas militares llegan a sus fincas con el mismo propósito²⁶. Y en general, comportamientos como éste, reafirman no sólo la relación que existe entre la representación que se hace de los jóvenes y los efectos violentos que esto trae sobre sus vidas, sino la relación que existe entre las fuerzas militares y la seguridad de las empresas extranjeras. Pues en medio de estas situaciones, se hace evidente que el aumento de la fuerza pública en la región no se hace para garantizar la seguridad de sus habitantes, sino para mantener una confianza inversionista.

Ahora bien, esta situación se presenta desde hace varias décadas y se sigue presentando actualmente. Razón por la cual, se pueden encontrar algunas similitudes entre la actitud que adoptan los jóvenes frente a esta situación y la de sus abuelos y en particular, con la de aquellos que han participado en procesos de organización y movilización social. Con ellos los jóvenes han creado varios vínculos que se mantienen en el tiempo y que para muchos son las razones fundamentales para que los jóvenes desarrollen actividades asociadas con la posibilidad de resistir y mantenerse con vida en el territorio. Varios jóvenes afirmaron que si sus abuelos no les hubieran contado algunas historias o no los incentivaran a participar en actividades culturales y políticas, no estarían allí, por simple desconocimiento.

Un ejemplo de la manera en que se transmiten estas historias se vivió durante una de las sesiones de la segunda escuela de formación. Mientras se estaba construyendo una línea del tiempo que incluyera los acontecimientos más importantes que se han vivido en la región desde la década de los treinta, se pudo observar que dicho ejercicio se realizaba a partir de las anécdotas que cada persona narraba desde su experiencia personal. Uno de los abuelos que estaba presente, narró la manera en que la violencia se presenta de manera contundente y generalizada en la región desde 1976 con la llegada de la marihuana y de la “mano negra”. Además, de otras historias que transmitían el sentir de estos abuelos cuando narraban la manera en que se organizaron para participar en los paros cívicos y las respuestas represivas que obtuvieron después. Así mismo, jóvenes que narraban varias de las experiencias que tuvieron que vivir con la presencia paramilitar en la zona y ambas

²⁶ Sin incluir que en la región se encontraron varios cuerpos que respondían a las ejecuciones extrajudiciales y se conocen de otros casos en los que jóvenes de la región han desaparecido selectivamente.

generaciones resaltando cómo fue que decidieron regresar a la región en 2002, después que la mayoría de sus familias salieron desplazadas hacia Bogotá, Cúcuta y Ocaña.

Por esta razón, se resalta la manera en la que estos jóvenes también mantienen lazos de comunicación que hacen que la historia de la movilización social en el Catatumbo tenga sentido. En este caso no sólo durante la construcción de historias o cuentos que sus abuelos les narran, sino como parte de la energía movilizadora que hace que ellos estén presentes en espacios como las escuelas de formación y también que sus abuelos hayan estado activos en los paros cívicos o las marchas cocaleras de hace varios años. La energía movilizadora a la que se hace referencia puede ser ubicada a partir de lo que pregunta Walter Benjamin en una de sus tesis sobre la historia: “¿Acaso no nos roza, a nosotros también, una ráfaga del aire que envolvía a los de antes? ¿Acaso en las voces a las que prestamos oído no resuena el eco de las voces que dejaron de sonar?” (2010, p. 20). En otras palabras, dentro de las dinámicas generacionales que se viven en la región del Catatumbo podemos afirmar que existen rupturas que permiten diferenciar una generación de otra, y al mismo tiempo, reconocer las continuidades que se reflejan en el actuar de varios jóvenes dentro de las organizaciones sociales, especialmente.

Y en este punto es interesante resaltar nuevamente a Benjamin por la manera en la que se encuentran elementos para ratificar sus acercamientos a la historia y a la relación con el pasado. Para él y para las relaciones generacionales que encontramos entre los jóvenes y los abuelos que han participado del proceso organizativo,

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘tal como verdaderamente fue’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro (...) El peligro amenaza tanto a la permanencia de la tradición como a los receptores de la misma. Para ambos es uno y el mismo: el peligro de entregarse como instrumentos de la clase dominante (Benjamin, 2010, p. 22).

Es decir, se encuentra que la continuidad de las condiciones de vida que vivieron sus abuelos y ellos hoy, es un punto de articulación histórica en la que no se presenta todo de la misma forma, pero sí aparecen escenarios y circunstancias en medio de las condiciones de

peligro que hacen que reaccionen de manera similar a las demás generaciones. Y éste peligro radica en la posibilidad de perder sus vidas, su territorio y de la continuidad de un escenario cotidiano de guerra. Ahora, la situación que se mantiene en la región del Catatumbo y la reacción que han tenido las distintas comunidades campesinas e indígenas en la región, sólo adquiere sentido si se reconoce que ellas han jugado un papel activo dentro de las relaciones con quienes buscan el control económico, político y territorial en la zona desde hace varios años.

Éste último aspecto también se encuentra íntimamente relacionado con la manera en la que se entiende el territorio y el sentido que le otorgan a vivir en él. Para las organizaciones sociales el territorio no es sólo un espacio geográfico, tiene consigo las historias de sus madres y abuelas, pues la región del Catatumbo se ha construido a partir de los distintos desplazamientos que han vivido muchas familias desde que llegaron allí. Es un espacio social que se defiende teniendo en cuenta que no sólo es una fuente de riqueza en materia de recursos naturales, tiene consigo una carga histórica y geográfica que existe por las dinámicas que sus habitantes le han dado durante años.

Por lo tanto, es una situación que da cuenta de dos cosas. Por un lado, que sí se percibe una distancia en las costumbres y formas de vida de los jóvenes con sus abuelos asociadas con el narcotráfico. Y por otro lado, que muchas de sus actitudes hacia procesos organizativos se encuentran determinadas por la continuidad en las dinámicas de la historia de la región. En ese sentido, es necesario aclarar la manera en la que se sigue asumiendo la posible existencia de una ruptura generacional en la región y cómo ésta se encuentra directa y únicamente relacionada con la llegada de los cultivos de coca. Pues atribuirle a dicha ruptura una posible caída en los niveles de participación y de movilización social, sería una apreciación demasiado ligera que requiere de otros puntos de análisis y en especial cuando se tienen en cuenta los factores que mantienen dinámicas históricas de resistencia.

Para ello es importante resaltar otras formas de calcular las relaciones de fuerza a partir de las prácticas cotidianas que también funcionan como determinantes para la construcción del territorio y de las dinámicas sociales propias de un espacio para la acción política de

resistencia. Es decir, no se puede afirmar fácilmente que debido a las condiciones de conflicto armado que se viven en esta región o que por la consolidación de los cultivos de uso ilícito como modelo principal de producción se haya acabado o se esté en un momento de declive de las organizaciones sociales. Es así, si no se reconocen otras dimensiones de acción y especialmente aquellas prácticas que también están configurando las relaciones sociales que moldean el territorio.

Por ejemplo, para uno de los abuelos, la percepción de una caída en el movimiento social de la región no tiene sustento. Y en este caso su reflexión no está encaminada al análisis que frecuentemente se hace cuando un movimiento social deja de hacer paros cívicos, tomas de alcaldías, muestras artísticas o protestas regulares. El énfasis de su reflexión se encuentra en la memoria que hace de su época. Para él “cuando estábamos en las mismas éramos puros viejos. Yo ahora veo más jóvenes. Además, a veces no servíamos, ni podíamos firmar. Ahora con lo de la academia imagínese. Entonces eso de que se ha quedado o está abajo es mentira” (Conversación personal, 2011). En otras palabras, para los abuelos la caída en un movimiento social no puede explorarse por la cantidad de manifestaciones públicas y organizadas que se hagan. Se encuentra en la forma de participación y en las oportunidades que el nuevo contexto ofrece, aún sin ser el más apropiado. En este caso resalta, de manera comparativa, cómo los jóvenes sí están participando ahora y cuentan además con otras herramientas que ellos en su momento no tenían.

Por lo tanto, asegurar que con la llegada de los cultivos de coca realmente se está poniendo en riesgo la continuidad y la fortaleza de una experiencia de movilización social, puede llegar a ser una afirmación que no tiene en cuenta la historia y que parte de analizar un movimiento social desde sus manifestaciones públicas o a través de las estructuras que se deban construir para identificarlo. Y en este sentido es interesante retomar una de las afirmaciones hechas por un joven, esta vez a manera de aclaración y con un énfasis en su segunda parte: “Sin coca no se acabaría el conflicto, pero nos organizaríamos más”. Es decir, se reafirma que los cultivos de coca sí pueden ser un distractor para generar nuevas

dinámicas de resistencia y de movilización social. Sin embargo, al no configurarse como la razón principal del conflicto que se ha desatado históricamente en la región, puede llegar a ser sólo un momento pasajero. Y en este sentido, es importante explorar con más atención las dinámicas que llevan a los jóvenes a participar y a organizarse, aún siendo ‘raspachines’ o ganando más dinero que sus abuelos.

En este caso, dicha exploración se puede hacer a través de las dinámicas organizativas que se están generando alrededor del plan de vida. Una propuesta que intenta retomar los vínculos generacionales y a su vez, consolidarse como una forma de vida alternativa que, en términos políticos, puede llegar a ser mucho más contundente que una manifestación pública y reivindicativa. En especial, si asume como una posibilidad de cambio que se configura en el día a día. Sin embargo, esto puede llegar a ser considerado siempre y cuando se hagan un análisis que dé cuenta tanto de la situación a partir del contexto actual como de la historia que también configura una acción política. Pues de lo contrario, se puede estar limitando el análisis a una aplicación de teorías que sólo permiten ubicar recursos, actores, estructuras y acciones relacionadas con una forma estatal de plantear la acción política. En otras palabras, la apuesta por acercarse a los movimientos sociales a partir de un análisis de los momentos históricos y de los ritmos que los mantienen vivos (Gutiérrez, 2008) ofrece una oportunidad más amplia para construir afirmaciones más precisas y que tengan en cuenta que se trata de una experiencia en permanente cambio.

Además, también permite llegar a otros niveles de análisis que, a través de los rumores y de las conversaciones que se sostuvieron, dan cuenta de escenarios de acción política que no han sido reconocidos dentro del campo de la teoría política tradicional y que, a partir de las metodologías que permiten los estudios culturales, pueden llegar a serlo. Por ejemplo, la configuración que adquieren las formas de acción política dependiendo del contexto específico en el que se desenvuelven (Grossberg, 2009) o el reconocimiento de la manifestación de un movimiento social a través de ritmos distintos en la historia (Gutiérrez, 2008). En otras palabras, también podemos analizar una experiencia de movilización social a través de las actividades que realizan de manera permanente pero discontinua y que le

otorgan sentido a su existencia. Tal es el caso de experiencias del día a día que, aunque no pueden identificarse fácilmente, están presentes para mantener el carácter político de una expresión social.

A partir de este momento se empieza a configurar un escenario que merece otra manera de comprender las luchas sociales. Y por ello el énfasis se encuentra en la posibilidad que existe de reconocer que en los tiempos cotidianos también nos encontramos en el ejercicio de la acción política. O mejor, en la necesidad de otorgarle sentido político a la vida diaria que se configura en contextos de guerra como éste.